



**COMECHINGONIA  
VIRTUAL**

Revista Electrónica de Arqueología  
Año 2009. Vol. III. Número 2: 154-174.

[www.comechingonia.com](http://www.comechingonia.com)

---

---

## **Medio ambiente, espacio y paisaje en el Noroeste Argentino: una mirada a través de la historia.**

Recibido el 31 de agosto de 2009. Aceptado el 24 de febrero de 2010

**Victoria Coll Moritan**

Museo Histórico Nacional Defensa 1600, CABA (XXX) [Vico\\_coll@yahoo.com.ar](mailto:Vico_coll@yahoo.com.ar)

### **Resumen**

*Desde fines del siglo XIX hasta nuestros días fue variando la forma en que se concibieron y utilizaron en nuestro país conceptos como el de medio ambiente, espacio y paisaje. Inclusive, algunos de estos términos ni siquiera fueron pensados como tales, como es el caso del paisaje el cual es de aparición relativamente reciente. En un recorrido a través de la literatura arqueológica del Noroeste Argentino veremos cómo estos conceptos se vinculan con diferentes líneas de pensamiento, con la construcción de categorías clasificatorias, la elaboración y reelaboración de ideas y con elementos como la noción de complementariedad. Más de un siglo de investigaciones nos permiten entender como se fue construyendo la idea de pasado que hoy está vigente, particularmente a través del análisis retrospectivo de la concepción del espacio.*

**Palabras claves:** Clasificación geoétnica; Áreas culturales; Espacio; Paisaje

### **Abstract**

*Since the end of the XIX century until the present, the use of concepts like environment, space and landscape has varied in our country. Some of these terms landscape, for example- had not even been considered until more recent times. Going through the archaeological literature of north-western Argentina we will see how these concepts are bond to different lines of thought, to the construction of classificatory categories, and to*

*the elaboration and re-elaboration of ideas and notions such as that of complementarity. More than one century of researches allow us to understand how the current idea of past has been constructed, particularly across a retrospective analysis of the conception of space.*

**Key words:** *Geoethnic classification; Cultural areas; Space; Landscape.*

## **Introducción**

Como una primera aproximación al tema, el propósito aquí es ver cómo algunos términos relacionados con la concepción del espacio son creados y utilizados a lo largo del tiempo, y observar a través de ellos cómo cambian: el saber, la narrativa y en consecuencia el pasado mismo.

En general como investigadores estamos afectados por una noción occidental del espacio, que durante mucho tiempo fue lo que dio lugar a que los recorridos, es decir los desplazamientos por el espacio, fueran concebidos de Norte a Sur casi exclusivamente; en este sentido las cadenas montañosas, con dirección Norte-Sur, fueron pensadas como un límite geográfico que obstaculizaron sino imposibilitaron los desplazamientos en sentido Este-Oeste. Sin embargo, estos últimos fueron muy utilizados por las sociedades que habitaron el noroeste argentino (NOA) desde épocas muy tempranas. Sumado a esto, no debemos olvidar las dificultades de acceso y circulación que debieron enfrentar los primeros viajeros de estas zonas, y que muchos de los investigadores hoy todavía afrontan, hecho que suscitó un sesgo en la información recabada. Como consecuencia del desconocimiento de algunas zonas y los presupuestos adoptados, desde comienzos de este siglo se planteó la existencia de dos grandes divisiones, geográficas y culturales, dentro de la Arqueología de Sudamérica: las tierras altas y las tierras bajas (Núñez Reguero y Tartusi 1987). Se consideró que la mayor complejidad en la organización social fue alcanzada en las tierras altas, vinculada a las sociedades andinas, mientras que las yungas o tierras bajas fueron vistas como marginales, el límite de las sociedades andinas (Fumagalli 2003).

La información obtenida de las investigaciones desarrolladas hasta este momento han llevado a cuestionar esta vieja dicotomía entre el mundo andino y su opuesto, el mundo selvático. Desde épocas muy tempranas ambos mundos estuvieron estrechamente vinculados en diferentes procesos comunes y

complementarios, de manera tal que es difícil pensar la historia de las sociedades que allí habitaron como fenómenos independientes y aislados (Ventura y Ortiz 2003). Hoy sabemos que en el pasado el movimiento a través del espacio también fue concebido de Este a Oeste, algo que se debe considerar a fin de evitar transpolar ideas de límites o paisajes actuales al pasado.

### **Según pasan los años**

Las preguntas que se hace el investigador nunca son neutras, son concebidas en, y afectadas por, el contexto en el que se desarrollan. El investigador no se abstrae de su entorno para realizar su labor, por eso mismo el qué, cómo y porqué son interrogantes que cambian en el tiempo. Por tanto, un análisis de las investigaciones que se llevaron a cabo en una región particular, debe hacerse desde el contexto en el cual se desarrollaron las mismas.

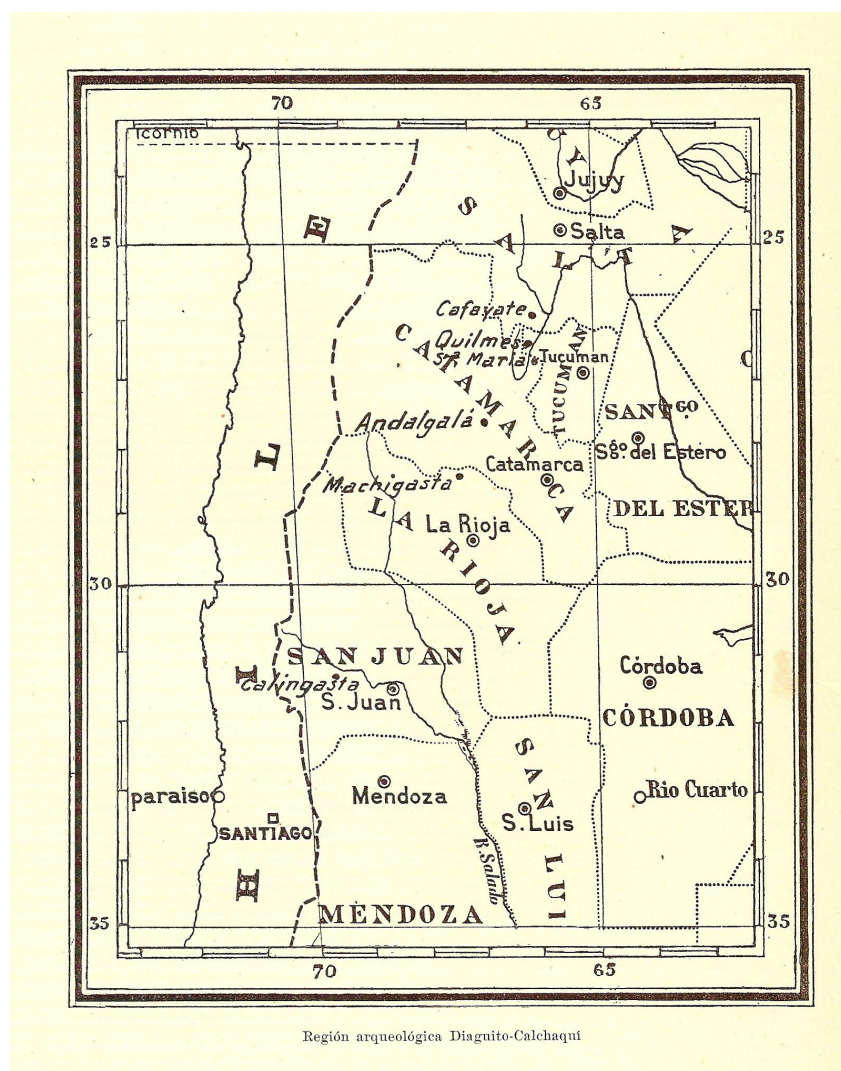
Para ordenar los relatos de este trabajo y contextualizar los diversos momentos en los que tuvo lugar la investigación arqueológica en nuestro país, nos guiaremos por las diferentes corrientes teóricas que rigieron a nivel mundial y se destacaron notablemente. Durante el primer período, comprendido entre fines del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, predominó la corriente Evolucionista de manera relativamente uniforme en las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en el país. En el segundo período, que se extiende desde mediados del siglo XX hasta comienzos de la década del '70, los trabajos realizados en el NOA tuvieron una fuerte influencia de la Escuela Histórico Cultural Norteamericana. El lapso entre estos dos primeros momentos, no contó con el predominio de ninguna línea de pensamiento, lo que llevó al uso de conceptos teóricos y metodológicos muy diversos (González 1991-92).

Luego, una tercer etapa abarcó las décadas del '80 y '90, cuando se adoptan con fuerza teorías, métodos y técnicas ligadas al enfoque procesualista sistémico. Finalmente, podemos incluirnos en una cuarta etapa, actualmente en curso, la cual no está regida por una corriente teórica particular, sino que conviven múltiples enfoques.

#### **I) Delimitación y clasificación del territorio: el criterio geoétnico.**

Comenzando por el primer momento arriba enunciado, entre fines del siglo XIX y principios del XX, en nuestro país se da un momento de ebullición a nivel científico y académico. Al mismo tiempo que se delimitaba el territorio

nacional<sup>1</sup>, las investigaciones en el NOA apuntaban a definir y clasificar los grupos que allí habitaron. Se empiezan a describir estilos cerámicos, pero por el momento no hay profundidad temporal por lo que la organización y clasificación de los estilos, como de los grupos que los produjeron, fue de carácter espacial-geográfica. El eje temporal era muy importante y de ninguna manera olvidado, sin embargo prevaleció el eje espacial, a causa de la arraigada definición de Estado, entretrejida con la idea de que los indios que habitaron el suelo nacional lo habían hecho sólo por un breve instante, en los momentos previos a la civilización que llegó posteriormente con la conquista (Podgorny 1999).



Mapa 1 (Lafone Quevedo 1908)

Los museos, por su parte, fueron un fiel reflejo de lo que estaba ocurriendo en esos momentos. Ejemplo de esto son los actuales museos de Ciencias Naturales de La Plata y el museo Etnográfico "J. B. Ambrosetti" de Buenos Aires. Sincrónicamente con la emergencia de las categorías que serían utilizadas para clasificar las colecciones antropológicas que albergaban los museos, tiene lugar la definición de los criterios para clasificar a las poblaciones aborígenes de la Argentina (Podgorny 1999). El geógrafo suizo Enrique Delachaux<sup>3</sup> fue uno de los primeros en realizar en una clasificación geográfica del territorio argentino para ordenar las colecciones antropológicas del Museo de La Plata (Delachaux 1908), clasificación que con posterioridad sería utilizada por sus colegas; como es el caso de Lehmann-Nitsche (1910), encargado de la Sección de Antropología del museo, quien juzgo esta clasificación, como la más apropiada dentro de las propuestas, para usarla de base para ordenar las colecciones arqueológicas. Por su parte Samuel Lafone Quevedo, quién también utilizó una clasificación geográfica, discrepó con esta idea por considerar que una clasificación basada en los límites políticos actuales conduciría a una imagen errónea de las sociedades pasadas, que no tuvieron en cuenta estas divisiones (Podgorny 1999). Así vemos que el sistema de clasificación por regiones y el mapa político de nuestro país muchas veces ocasionó problemas. Podemos tomar como ejemplo el caso de Santiago del Estero, provincia que algunas veces fue considerada como parte integrante de la región del NOA (González y Pérez 1972), otras veces fuera de ella (Wagner y Wagner 1932) o formando parte de la región Pampásica (Frenguelli 1940), otras como integrante de la llanura chaco-santiagueña, y otras veces considerada como una "región intermedia entre las tierras bajas del litoral y las tierras altas andinas" (Lorandi y Ottonello 1987:89). De esta manera los grupos que habitaron esta zona entraron y salieron de las problemáticas que encierran al NOA dependiendo del investigador.

Para la misma época, Lafone Quevedo subrayó la importancia de que los trabajos científicos fueran acompañados de sus respectivos mapas de referencia, algo que hoy se ve como natural e ineludible pero que anteriormente no era habitual (Lafone Quevedo 1908). Eric Boman y Luis María Torres, a su vez impulsan un proyecto de leyenda uniforme para mapas arqueológicos de Argentina y de América del Sur en general, inspirados en un proyecto anterior desarrollado en Europa para la leyenda internacional de los mapas de arqueología prehistórica (Boman y Torres 1919). Estos son ejemplos de cómo se

construye una forma de conocer, que al instalarse como practica habitual se naturaliza.

Otro gran aporte a la disciplina fue el reclamo que realizó Outes (1907) del uso indispensable de la estratigrafía, la cual ya estaba siendo utilizada por Max Uhle en Perú, porque a pesar de que el objetivo principal era establecer un orden de evolución histórica, la carencia de la aplicación de un criterio estratigráfico solo permitió un orden geográfico. La estratigrafía recién sería utilizada con regularidad en el transcurso de la mitad del siglo XX.

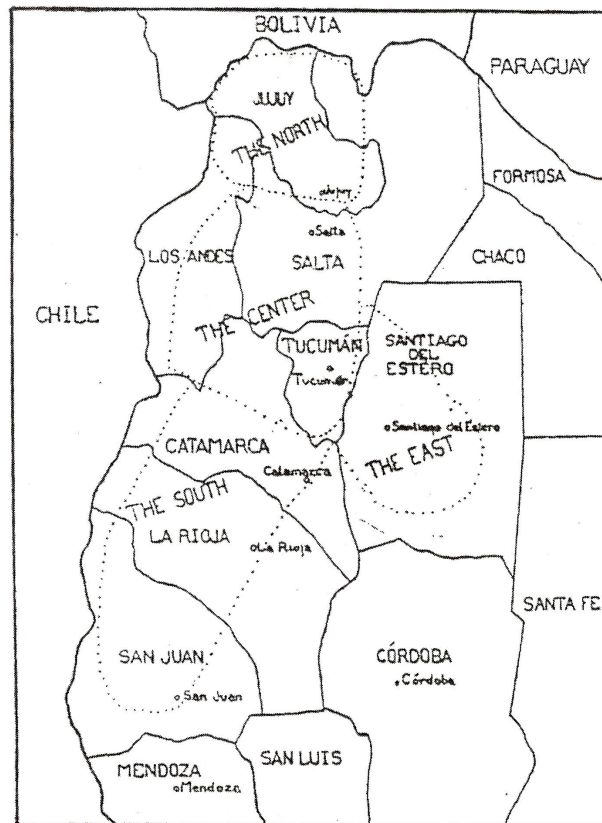
Las primeras clasificaciones realizadas por Lafone Quevedo, Outes y Bregante de los estilos alfareros, dio como resultado un ordenamiento tanto de carácter histórico como cultural de la variabilidad de los objetos encontrados, construyendo una determinada forma de ver el pasado. Pocos años más tarde, la información de los lugares de procedencia de los objetos, se transformaron en las categorías clasificatorias (Santa María, Belén, etc.) (Quiroga 2003).

De esta manera se utilizaron los límites territoriales trazados para el Estado argentino como los límites para explicar las relaciones entre las sociedades prehistóricas (Torres 1917; Outes y Bruch 1910; Canals Frau 1953). Cada conjunto de rasgos culturales y su distribución geográfica, delimitaron el territorio. El criterio geoétnico fue naturalizado transformándose en un ordenamiento no cuestionado. Con el tiempo los problemas que se plantearon los académicos, y los métodos que adoptaron para resolverlos, estuvieron en estrecha vinculación con las subáreas arqueológicas en las que trabajaron (Podgorny 1999) (Mapa 1: Lafone Quevedo 1908).

A continuación, en el intervalo que se da entre los períodos mencionados al principio, se va desvaneciendo el evolucionismo de Ambrosetti y Outes, y no adquiere relevancia ninguna postura teórica definida, por lo que se produce una laguna a nivel teórico (González 1991-1992).

## II) Áreas culturales. El peso de las influencias.

Entrando casi en la segunda mitad del siglo XX no podemos dejar de mencionar el gran aporte hecho por Wendell Bennett (1948), quién hizo una revisión completa de la arqueología del NOA basándose en la bibliografía existente y a la que le agregó un mapa con sus respectivas áreas y períodos, lo que puso orden a las clasificaciones realizadas hasta ese momento (Mapa 2: W. Bennett 1948).



Mapa 2 (Bennet et al. 1948)

Estamos a las puertas del segundo período durante el cual, entre la década del '50 y el '70, en el NOA predominó el enfoque de la Escuela Histórico Cultural Norteamericana. Las investigaciones llevadas a cabo van dejando como resultado áreas culturales, lo que equivale a decir que a un espacio determinado se le asignó una manifestación cultural particular. Estas áreas fueron definidas mayormente sobre la base de las tipologías cerámicas realizadas a partir de estilos alfareros<sup>3</sup>. Al mismo tiempo la presencia de elementos no pertenecientes a un área particular se explicó a través de las influencias recibidas desde otras áreas. Así los hallazgos que no se ajustaban al tipo de objetos concernientes a un área cultural fueron considerados como exógenos al mismo (Ventura y Ortiz 2003). Si bien estas influencias no tuvieron una direccionalidad concreta asignada, hubo una fuerte preponderancia a concebirlas en sentido Este-Oeste. De esta manera, muchas veces éstas se transformaron en invasiones desde el llano, hostigamientos que sufrían los agricultores de los valles por parte de los nómades de las yungas,

y otras veces, no tan belicosas, en intercambios culturales. Es curioso ver como los desplazamientos en sentido Este-Oeste entran en escena no para explicar una dinámica interna de un grupo social dado, sino contrariamente para explicar hallazgos que no concuerdan con aquellos definidos para dicho grupo.

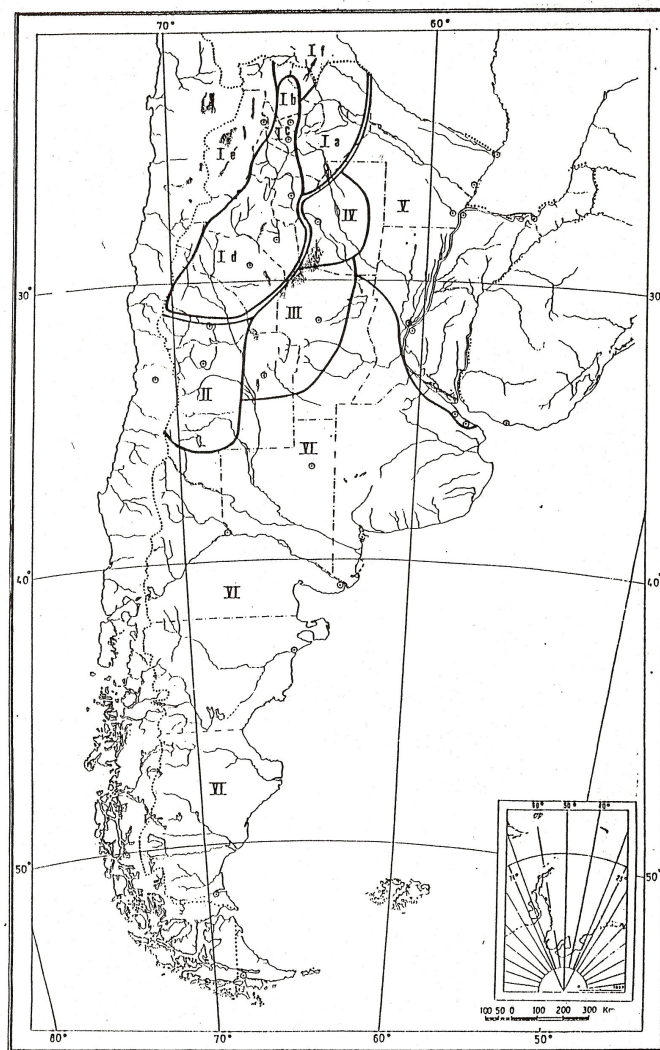
Más tarde González realiza una subdivisión geográfica de nuestro país en regiones. Dentro de la región del NOA define las siguientes subdivisiones: Selvas Occidentales; Quebrada de Humahuaca; Quebrada del Toro; Valliserrana sur y Puna. Por fuera de ello se encuentran las regiones Chaco-Santiagueña, Centro Oeste, Sierras Centrales, etc. (González 1979). A pesar de que se manifiesta una visión positivista, vemos como a estas subáreas se asociaron culturas y sitios concretos, es decir que nuevamente conformaron áreas culturales, con lo que en parte la noción de espacio permanece casi sin cambios. En relación con la subregión de las selvas occidentales González expresa:

“...zona importante de transición entre el N. O., el ámbito chaqueño y de las florestas tropicales, sirvió de camino de acceso y conjunción de las culturas de las florestas tropicales al N. O.” (González 1979:3).

Según este esquema el NOA es considerado como un sistema, y las influencias que llegan tanto desde oriente como las andino-altiplánicas generan cambios en el sistema. Esas influencias a su vez tuvieron alcances desiguales, por lo que en el Período temprano (300 a.C. 300 d.C.) predominaron las orientales a diferencia del Período Medio (300- 1000 d.C.) donde prevalecieron las andino-altiplánicas. Considerando siempre que las provenientes de oriente implicaban un retroceso cultural, produciéndose un nuevo avance con el giro de las influencias hacia la región andina (González op. cit) (Mapa 3: González 1977). Con el tiempo esta distinción se verá reflejada en la dicotomía integración – fragmentación, siendo la cultura de La Aguada el exponente máximo de la integración cultural y la complejización social durante el período Medio, y los habitantes de las yungas los embajadores de los “conflictos desintegradores” (Scattolin 2006:188). Así, como un elemento más en la tarea de categorización, el “fragmento” de espacio andino, alineado con las influencias que de allí provenían y la integración sociocultural, fue merecedor de una connotación positiva ligada a la idea de evolución cultural. El otro “fragmento”, el selvático, fue agrupado junto con las influencias de las tierras bajas y la fragmentación, proyectando así una connotación negativa,



vinculada al conflicto y a una menor complejidad social.



Mapa 3 (González 1977)

A mediados de los '70 comienzan a dar un giro las investigaciones realizadas en el NOA en lo que respecta a la noción de espacio. Se pasa de la utilización de las clasificaciones geógnicas a la adopción de modelos para la ampliación y optimización de los recursos. Se enuncian modelos como los de control vertical de Murra (1975), el altiplánico de Browman (1974) o el de movilidad giratoria de Nuñez y Dillehay (1979), los cuales cobraron gran protagonismo e igual relevancia. Es importante destacar que estos esquemas

evidenciaron el carácter laxo de las fronteras (topográfica, climatológica o políticamente trazadas) (Scattolin y Korstanje 1994), es decir que esos límites rígidos comenzaron a verse de manera más permeables. Para ejemplificar esto en palabras de Pérez Gollán:

“Resulta imposible comprender una sociedad aislada por completo del medio ambiente, pues no estamos frente a un escenario estático donde transcurre la historia. A lo largo de la cordillera de los Andes hay una gran variedad de ambientes naturales, y gran parte de las sociedades andinas no alcanzaron la autosuficiencia y una de las soluciones fue la explotación de paisajes diferentes y sin continuidad territorial. La movilidad y el acceso a los recursos lejanos se enmarca en un conjunto de vínculos históricos transregionales, que suponen la existencia de relaciones sociales (parentesco ritual, matrimonio, alianza política) entre las poblaciones comprendidas en el tráfico: la complementariedad no sólo es ecológica, sino fundamentalmente humana (Pérez Gollán 2000:22)”.

El uso de las influencias para dar respuesta a elementos que no concordaban perduró en el tiempo aún cuando el paradigma que la originó prácticamente desapareció. Con el tiempo esta concepción fue dejada finalmente de lado y empieza a sonar la idea de la complementariedad, que con el paso de los años cada vez se hizo más fuerte.

### III) La Era Espacial.

A fines de los '60 en Estados Unidos e Inglaterra el enfoque Procesual Sistémico se hace dominante. Dentro de él, el entorno natural -medio ambiente- cobra gran importancia en el pensamiento y en las investigaciones a escala mundial. Desde esta nueva perspectiva González enuncia:

“Cualquier intento de síntesis de la secuencia contextual y la ulterior búsqueda causal explicativa, presupone la definición del espacio, uno de los tres elementos básicos de la arqueología; y dentro de éste los aspectos ecológicos incidentes. El segundo elemento, el tiempo, supone la reconstrucción histórica de la secuencia” (González 1979:3).

Así, aunque en términos de lo que hoy entendemos por medio ambiente, el espacio fue considerado como otro elemento más a tener en cuenta a la hora del análisis, este entra en escena y comienza a hacerse relevante de manera explícita.

En nuestro país esta línea de pensamiento se hace fuerte a principios de los '80. Se produce una transformación teórica y metodológica importante en las investigaciones arqueológicas, donde comienzan a utilizarse conceptos del enfoque ecológico-sistémico. Se genera un cambio en la concepción del espacio por parte del investigador, y el interés se traslada del sitio como unidad de análisis, a un enfoque regional. Comienza a abandonarse la noción de áreas culturales, forma como concebía el espacio el enfoque anterior, y comienzan a desarrollarse los estudios de "patrón de asentamiento". Con este nuevo concepto se designa a un conjunto de sitios -de número variable- que componen un sistema o patrón, basándose en la idea de complementariedad funcional de los sitios que componen el sistema (Barros y Nastri 1995).

Las investigaciones sistemáticas llevadas a cabo desde entonces, dieron lugar a diversos trabajos, como los de Cigliano y Raffino (1977) en Santa Rosa de Tastil (Salta), Tarragó (1987) en Rincón Chico (Catamarca) o el de Nielsen (1988) en Los Amarillos (Jujuy). En estos trabajos no sólo se relevaron, describieron y analizaron los sitios, sino que cada uno, desde su perspectiva, planteó un modelo de asentamiento y de ocupación del espacio.

A estos estudios más tarde se les sumaron los denominados análisis locacionales. Dentro de estos últimos podemos mencionar: el "análisis de área de aprovisionamiento de un sitio", el estudio del "Lugar central" y la "Regla de rango tamaño". Todos estos modelos espaciales se enfocaron en la tarea de comprender la adaptación de los grupos al medio ambiente que habitaron, y el cambio cultural se vio directamente relacionado con la variabilidad ambiental (Nastri 2004).

A principios de la década del '90 ya son varios los trabajos que aplican el concepto de patrón de asentamiento y los distintos tipos de análisis locacionales en las investigaciones arqueológicas del NOA; ejemplos de ellos son los trabajos de Scattolin (1990) en la falda occidental de las sierras del Aconquija (Catamarca), y el de Albeck (1993) en la Qda. de Humahuaca (Jujuy).

Con posterioridad la mayor crítica que recibieron los análisis locacionales "fue el asumir una racionalidad económica moderna en la toma de decisiones de

los individuos o grupos sociales involucrados en las interacciones estudiadas por tales análisis" (Barros y NASTRI 1995:17).

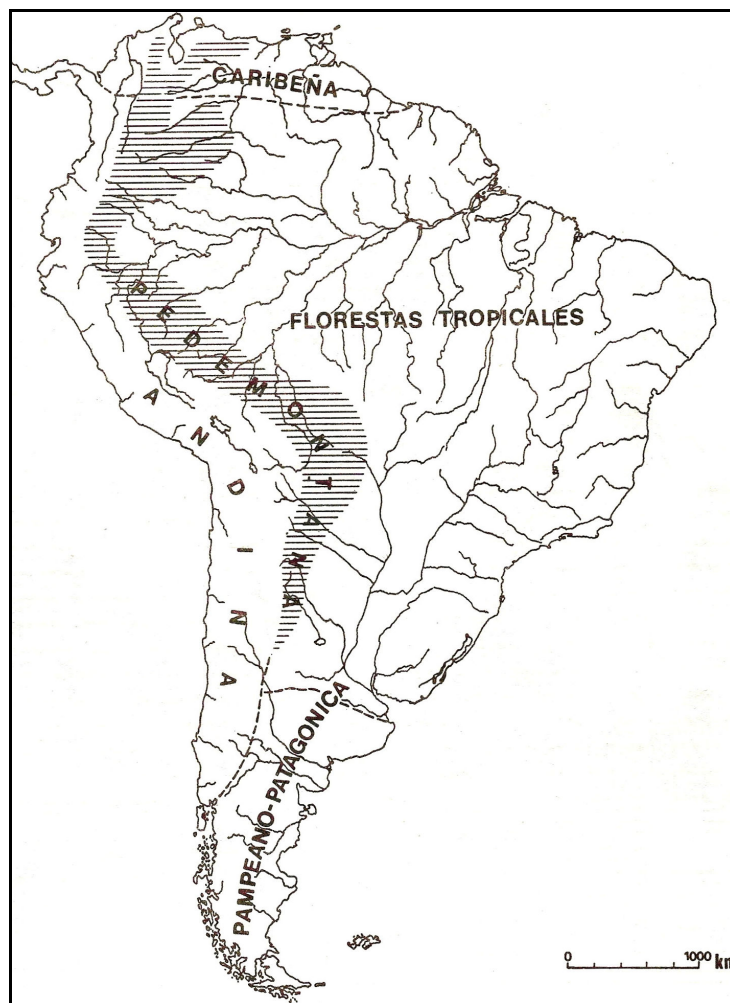
De manera casi sincrónica y en estrecha relación con la noción del espacio y la aplicación de los modelos espaciales, es que comienza a emplearse el término complementariedad<sup>4</sup>, entendido como la explotación de distintos pisos ecológicos para la obtención y aprovechamiento de sus diversos recursos (Murra 1975). En general los investigadores utilizaron este concepto en sus diferentes versiones: trashumancia, intercambio, etc., en el sentido de complementariedad económica, lo que llevó a visualizar las sociedades prehistóricas de manera incompleta. Cada grupo social fue analizado según el piso ecológico que ocupó (la puna, los valles, o las yungas), y no desde un punto de vista macro regional, por lo que nuevamente obtenemos "espacios fragmentados". Posteriores interpretaciones elaboradas a partir del registro material mostraron que, desde muy temprano, rigió una relación estrecha entre las poblaciones del pasado que habitaron en los distintos lugares del NOA (Ventura y Ortiz 2003). Sin embargo en la literatura arqueológica el debate sobre la interacción económica tuvo un carácter monopolizador, dejando casi totalmente de lado y por mucho tiempo otras líneas de trabajo, como por ejemplo abordar el espacio en donde circulan diversos bienes como una unidad de análisis en sí misma (Criado Boado 1995; Tilley 1999).

El cambio respecto de estas concepciones comienza a notarse a partir del trabajo de Nuñez Regueiro y Tartusi (1987) donde analizan el uso que se hace del concepto de área, el cual primero desde una perspectiva difusionista había sido definido a partir de la distribución de los rasgos arqueológicos en el terreno, y luego desde un marco ecológico, el acento es colocado en las características ecológicas. Ellos concluyen que:

"Estos enfoques tienden a ignorar o dejar de lado, la permanente relación dialéctica que se da entre pueblos entre sí y con su ambiente, por lo tanto la determinación del área se efectúa en forma mecánica, superponiendo variables culturales sobre variables geográficas" (Núñez Reguero y Tartusi 1987:128).

Finalmente proponen un uso del término de manera histórica, que considere la relación entre la sociedad y su medioambiente. Así definen la Macroárea Pedemontana, cuyas características no responden ni a lo andino ni a la

llanura, sino una síntesis dialéctica de ambos (Mapa 4: Núñez Regueiro y Tartusi 1987). La definición de esta área es uno de los primeros intentos en dirección a considerar: 1) la disolución de las antagónicas categorías de espacio andino-altiplánico y espacio selvático, que evidencia una visión fragmentada del espacio y de las sociedades pasadas, y 2) a analizar las relaciones entre los individuos o grupos sociales y el espacio que habitan, más allá de lo económico.



*Mapa 4 (Núñez Regueiro y Tartusi 1987)*

A partir de entonces el énfasis es colocado sobre las relaciones de interacción que se desarrollan entre los habitantes de las diversas áreas de valles y quebradas, las yungas y la puna.

Ya sobre el final del tercer período, a fines de la década del '90, en varias publicaciones comienza a nombrarse el término paisaje y a verse el espacio como parte de un proceso de producción, como producto de la sociedad. En un trabajo sobre patrones de asentamientos del valle de Santa María, Natri cita a Lefebvre quien dice que "toda existencia social que aspire a ser real debe producir necesariamente su propio espacio" (Lefebvre citado en Natri 1997- 98:248).

Otro ejemplo que podemos citar es el trabajo de Haber para la zona de Capayán en la provincia de Catamarca donde explicita:

"...espacio entendido no solo como un marco tridimensional en el cual las ocupaciones humanas se establecieron con objetivos económicos preestablecidos, sino también como un escenario construido culturalmente a través de actividades tanto cotidianas como de ruptura y fundación, y que a su vez constituyó un rico escenario en el cual se desarrolló la vida de las poblaciones del área. La dimensión espacial entendida así como un paisaje cultural..."(Haber et al 1996-97:83).

Es en este marco, donde de manera reciente, vemos la adopción del término Paisaje, cuya incorporación al campo de la arqueología viene de la mano de grandes debates acerca de su definición, usos y alcances.

#### IV) Últimas tendencias.

Actualmente la noción que se tiene del espacio en el NOA es muy distinta a la que se tenía a comienzo del siglo XX. Los libros de Ortiz y Ventura (Ortiz y Ventura 2003) o el de Nielsen (Nielsen et. al. 2007), son trabajos que reflejan el estado actual de la problemática que nos atañe. Ellos permiten una evaluación o un balance de la situación tan necesaria de ser llevada a cabo (Pérez Gollán 2004).

Atravesamos una época que no se caracteriza por el uso o predominio de un "paradigma"<sup>5</sup> particular. Los investigadores trabajan desde diferentes perspectivas, he incluso utilizan combinaciones de ellas. En este contexto la noción de Paisaje fue madurando y empezó a usarse para dar cuenta de una relación dialéctica entre los individuos o grupos sociales y el medio que los rodea, algo que no se había considerado así hasta ahora. De este modo el medio ambiente y los seres humanos se vuelven conceptos complementarios, y como consecuencia de su interacción, de su asociación en una relación dialéctica, obtenemos como resultado el paisaje.

“El proceso de la vida es también el proceso de formación del paisaje en que las personas han vivido, de modo que este se vuelve parte del grupo que habita en él, así como el grupo parte del paisaje” (Ingold 2000:189), esto fue lo que Ingold llamó la “perspectiva de habitar” o “dwelling perspective”, y es desde la cual define el paisaje como “constituido por un registro y testimonio perdurable de la vida y actividades de generaciones pasadas que han habitado en él, y al hacerlo, han dejado ahí algo de ellos mismos” (Ingold 2000:189). Desde esta perspectiva el paisaje ya no es sinónimo de naturaleza, como un sustrato sobre el que los individuos y los grupos desarrollan sus vidas. De la misma forma que tampoco es sólo un espacio simbólico, algo que nos representamos en nuestra mente (Cosgrove 1984:13), ya que es algo que se construye a partir de las actividades humanas, a través de “habitar en el mundo” (Ingold, 2000:191). Estas actividades se dan en una relación dialéctica, entre el hombre y el medio, y esa relación no es sólo mental, sino que va dejando rastros en el medio a través de los cuales se puede llegar a inferir el modo de habitar.

Los paisajes, como elementos participantes de producciones sociales, están siempre centrados en relación con la agencia humana (Giddens 1985). Éstos no tienen una sustancia esencial, o un carácter universal, sólo tienen un significado relacional, creado a través de relaciones entre personas y lugares. No es un concepto fijo, por el contrario, los paisajes son dinámicos, dóciles al cambio, debido a que su constitución comprende la práctica día-a-día o actividades prácticas de los individuos y grupos en el mundo (Bourdieu 2007). Un espacio humanizado es el medio para, y el resultado de la acción, permitiendo que nuevas acciones ocurran e inhibiendo otras (Lefebvre 1991). Diferentes sociedades construyen distintos paisajes cada uno de ellos en relación con la idiosincrasia de la sociedad que los construyó (Criado Boado 1993a y 1999; Soja 1989; Kent 1990; Ingold 1993; Tilley 1994).

## **Conclusiones**

Dentro del lapso temporal abarcado se observa cómo en los trabajos realizados sobre el noroeste de nuestro país la concepción acerca de lo espacial fue variando. Pasó de no ser objeto de investigación –en general sólo se trató de descripciones del medio natural circundante-, a tener una estrecha relación con la sociedad, hasta transformarse en una línea más de inferencia. La percepción del espacio, el paisaje y sus límites no son conceptos o categorías fijas, son

construcciones que van variando según las posturas o líneas teóricas empleadas. Actualmente en los trabajos publicados hallamos ejemplos donde paisajes como las cadenas montañosas se entienden como vías de tránsito que posibilitaron las relaciones entre las personas más que como barreras entre distintos pueblos (Scattolin y Korstanje 1994). Si el paisaje es el mundo como lo conocen quienes habitan en él, quienes lo recorren y experimentan, entonces los ríos, las montañas, o cualquier otro rasgo físico del terreno, no constituyen un límite en sí mismo. Estos integran parte del paisaje, y sólo pueden volverse límites, o indicadores de límites, en relación con la actividad de la gente, quienes los pueden reconocer y experimentar como tales. Las personas en el proceso de habitar un lugar, al practicar diversas actividades en un lugar determinado, van otorgándole significado a ese lugar, y es en esa producción de significados espaciales que van diferenciando los lugares unos de otros. Por esto un lugar debe sus características a la experiencia que proporciona a aquéllos que viven en él. Al igual que los lugares, las actividades por sí solas tampoco constituyen límites. Los límites no son físicos ni humanos, sino ambos a la vez y fluctúan según cambian las relaciones entre ambos polos, porque como se observó, el paisaje es el resultado de estos vínculos y su continua reformulación (Ingold 2000; Tilley 1994).

A veces las ideas y los conceptos que se aplican, se dan por sobreentendido y no se ve la necesidad de debatirlas, como es el caso del paisaje que muchas veces fue adoptado debido a "la necesidad de cubrir vacíos" (Orejas 1991:192). A lo largo del tiempo hubo cambios en la concepción de los términos y las ideas que estos transmiten, por lo que un mismo término puede poseer diferentes significados, por tal motivo, para que esos conceptos e ideas sean aprensibles por otros investigadores, tenemos que definir los conceptos que adoptamos, ser más explícitos. Hacer un examen crítico de los conceptos utilizados -muchas veces naturalizados- es una práctica necesaria dentro de nuestro trabajo (Quiroga 2003). Creo que se está atravesando, al menos dentro de nuestra disciplina, una etapa revisionista-crítica, en la que todos los conceptos, categorías, periodificaciones, se vuelven problemáticos, cuestionables. Se está tomando conciencia del cuidado que hay que tener cuando se despliegan y aplican las herramientas de trabajo, ya sean las teóricas o las metodológicas.



### **Agradecimientos**

*A mi Director, el Dr. Javier H. Nastri, y a los revisores por la lectura crítica del trabajo y el valioso aporte que hicieron con sus comentarios.*

### **Notas**

1. *En La Plata en 1884 se crea el museo de Ciencias Naturales, y F. P. Moreno, su primer director, tiene a cargo la tarea de marcar los límites territoriales del país.*
2. *Responsable de la Sección de Geografía y Primer Director de la escuela de Ciencias Geográficas del Museo de La Plata.*
3. *Las tipologías cerámicas fueron la base más fuerte para la cronología relativa. El uso de la estratigrafía y los fechados con radiocarbono llegaron más tarde (González, 1954).*
4. *El concepto que conocemos como complementariedad fue desarrollado para los Andes Centrales por John Murra (Murra 1975).*
5. *El término Paradigma es usado aquí en el sentido más amplio de Khun (Khun 1962).*

### **Referencias citadas**

Albeck, M.E.

1992. El ambiente como generador de hipótesis sobre dinámicas socioculturales prehispánicas en la Quebrada de Humahuaca. *Cuadernos* N°:3:95-106, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UNJU.

Assandri, S. y S. Juez

1996-97. Organización espacial de los asentamientos en el valle de Ambato, Período de Integración Regional. *Shincal. Revista de la Escuela de Antropología*, N°:6:71-81. Catamarca.

Assandri, S. y A. Laguens

1999. Asentamientos aldeanos aguada en el Valle de Ambato. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Vol. 3, pp.31-40. Córdoba.

Bennett, W., E. Bleiler and F. Sommer

1948. Northwest Argentine Archaeology. Yale University Publications. *Anthropology* N°:38.

Boman, E y L. M. Torres

1919. *Proyecto de leyenda uniforme para mapas arqueológicos de la República Argentina y de la América del Sud en general*. De la primera reunión nacional de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, 1916. Buenos Aires.

Barros, C. y J. Nastri

1995. Estudio preliminar. *La perspectiva espacial en arqueología*, (comp. por C. Barros y J.

- Nastri), pp. 7-26. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, Argentina.
- Bourdieu, P.  
2007 [1980]. *El sentido práctico*. Siglo XXI Editores Argentina S.A.
- Browman, D.  
1974. Pastoral nomadism in the Andes. *Current Anthropology* 15:188-196. University of Chicago Press.
- Canals Frau, S.  
1953. *Las poblaciones indígenas de la Argentina; su origen, su pasado, su presente*. Editorial sudamericana, Buenos Aires.
- Cigliano, E. y R. Raffino  
1977. Un modelo de poblamiento en el Noroeste Argentino. *Obra del centenario del Museo de La Plata*, Tomo II:1-25. La Plata, Argentina.
- Criado Boado, F.  
1993<sup>a</sup>. Límites y posibilidades de la arqueología del paisaje. *Revista de prehistoria de la Universidad de Sevilla* (2):9-55.  
1995. Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje. *La Perspectiva espacial en arqueología* (comp. por C. Barros y J. Nastri), pp.75-116. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.  
1999. Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la Arqueología del Paisaje. *Revista CAPA* 6. Ed. Universidad de Santiago de Compostela. Galicia, España.
- Delachaux, E.  
1908. Las regiones físicas de la República Argentina. *Revista del Museo de La Plata*, Vol.15:102-131 (S.S., 2). Buenos Aires.
- Escola, P. S.  
2007. Obsidianas en contexto: tráfico de bienes, lazos sociales y algo más. *TANOIA*, (ed. por V. Williams, B. Ventura; A. Callegari y H. D. Yacobaccio), pp 73- 87. Buenos Aires.
- Frenguelli, J.  
1940. El ambiente geográfico. *Los aborígenes de Santiago del Estero*. (ed. por Sociedad Argentina de Antropología), pp13-33. Buenos Aires.
- Garay de Fumagalli, M.  
2003. Del formativo al inkaico, los valles sudorientales de Jujuy en los procesos de interacción macroregional. *La mitad verde del mundo andino. Investigaciones arqueológicas en la vertiente oriental de los andes y las tierras bajas de Bolivia y Argentina* (ed. por G. Ortiz y B. Ventura), pp. 229-260. Universidad Nacional de Jujuy.
- Giddens, A.  
1985. Time, space and regionalisation. *Social relations and spatial structures* (ed. por Gregory Derek y Urry John), pp. 265-294. Macmillan, London.

González, A. R.

1954. La casa pozo en el Noroeste Argentino. *Revista del Museo de Ciencias Naturales y Tradicional de Mar del Plata*, Vol.1(2):122-132. Mar del Plata.

1979b. Dinámica cultural del N. O. Argentino, evolución e historia en las culturas del N. O. Argentino. *Antiquitas* 28-29:1-15. Universidad del Salvador. Buenos Aires.

1991-1992. A cuatro décadas del comienzo de una etapa. Apuntes marginales para la historia de la Antropología Argentina. *Runa* XX: 91-110. Instituto de Ciencias Antropológicas (F.F. y L. - UBA), Buenos Aires.

González, A. R y J. A. Pérez.

1972. *Argentina Indígena: Vísperas de la conquista*. Ed. Paidós. Buenos Aires.

Haber, A.; J. A. Ferreyra; G. Granizo; M. Quesada y F. Videla.

1996-97. Construcción de categorías de paisaje en Capayán. *Shincal, Revista de la Escuela de Arqueología*, Nº:6:83-100. Catamarca.

Ingold, T.

2000. *The Perception of Environment. Essays on Livelihood, Dwelling and Skill*. Routledge, London and New York.

Kent, S.

1990. Activity areas and architecture: an interdisciplinary view of the relationship between use of space and domestic built environments. *Domestic architecture and the use of space. An interdisciplinary cross-cultural study* (ed. por S. Kent), pp. 1- 8. Cambridge University Press, Cambridge.

Khun, T.

1962. *The structure of scientific revolutions*. Chicago University Press.

Lafone Quevedo, S.

1908. Tipos de Alfarería en la Región Diaguito-Calchaquí. *Revista del Museo de La Plata*, tomo XV: 295-396 (S.S. tomo II). La Plata.

Lefebvre, H.

1991. Social Space. *The production of space*. Ed. Blackwell, Oxford.

Lehmann-Nitsche, R.

1910. *Catálogo de la Sección Antropológica del Museo de La Plata*. Buenos Aires.

Lorandi, A. M. y M. M. Ottonello

1987. *Introducción a la Arqueología y Etnología Argentina: 10.000 años de historia*. Eudeba, Buenos Aires.

Murra, John.

1975. Introducción. *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Nastri, J.

1997-98. Patrones de asentamiento prehispánicos tardíos en el sudoeste del Valle de

- Santa María (Noroeste Argentino). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXII-XXIII*:247-270. Buenos Aires, Argentina.
2004. La arqueología argentina y la primacía del objeto. *Teoría arqueológica en América del Sur* (ed. por G. G. Politis y Peretti, R. D.), pp. 213-231. INCUAPA-UNICEN, Serie teórica Nº:3. Argentina.
- Nielsen, A.
1988. Un modelo de sistema de asentamiento prehispánico en los valles orientales de Humahuaca (Pcia. de Jujuy, Rep. Argentina). *Comechingonia* 6:127-155. Argentina.
- Nielsen, A., M. C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli
2007. Presentación. *Procesos sociales prehispánicos en el sur andino. La vivienda, la comunidad y el territorio*. Brujas. Córdoba.
- Núñez, L. y T. Dillehay
1979. *Movilidad Giratoria, Armonía Social y Desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de Tráfico e Interacción Económica*. Universidad Católica del Norte, Antofagasta.
- Núñez Regueiro, V. y M. Tartusi
1987. Aproximación al estudio del área pedemontana de Sudamérica. *Cuadernos Instituto Nacional de Antropología* 12:125-160. Buenos Aires.
- Orejas, A.
1991. Arqueología del Paisaje: Historia, Problemas y Perspectivas. *Archivo Español de Arqueología*, Nº:64:191-230. España.
- Ortiz, G.
2007. El paisaje macroregional, el uso del espacio social expandido a través de la circulación de objetos. *Producción y circulación prehispánicas de bienes en el sur andino*, (ed. por Nielsen, A., M. C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli), pp. 305-328.
- Outes, F.
1907. Alfarería del Noroeste Argentino. *Anales del Museo de La Plata*, tomo 1 segunda serie, pp.5-49. Buenos Aires.
- Outes, F. y C. Bruch.
1910. *Los aborígenes de la República Argentina*. Estrada, Buenos Aires.
- Pérez Gollán, J. A.
2000. Caminos sagrados. *Arte precolombino argentino*. Fundación Proa - Ediciones Banco Velox, Buenos Aires.
2004. La mitad verde del mundo andino o el elogio del paisaje de Gabriela Ortiz y Beatriz Ventura. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Tomo XXIX: 379-381. Buenos Aires.
- Podgorny, I.
1999. De la antigüedad del hombre en el plata a la distribución de las antigüedades en el mapa: los criterios de organización de las colecciones antropológicas del Museo de La

- Plata entre 1897 y 1930. *Historia, Ciencia, Saúde—Manguinbos*, VI (1), 81-101. Brasil.
- Quiroga, L.  
2003. Belén: debates en torno a la construcción de un objeto de estudio. *Runa* XXIV: 151-171. Instituto de Ciencias Antropológicas (F.F. y L. - UBA). Buenos Aires.
- Scattolin, C.  
1990. Dos asentamientos formativos al pie del Aconquija: el sitio Loma Alta (Catamarca, Argentina). *Gaceta arqueológica andina* Vol.5 (17):85-100. Instituto andino de estudios arqueológicos.  
2006. Categoriemas Indígenas y Designaciones Arqueológicas en el Noroeste Argentino Prehispánico. *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, Vol. 38 (2): 181-192.
- Scattolin, C. y A. Korstanje  
1994. Transito y frontera en los nevados del Aconquija. *Arqueología* 4: 165-197. F.F. y L. (UBA), Buenos Aires.
- Soja, E.  
1985 La espacialidad de la vida social: hacia una re teorización transformativa. *Social Relations and Spatial Structures* ( ed. por Derek G. y J. Urry. Londres), pp. 1–24. London, Macmillan. (Trad. H. Torres).  
1989. The Socio-spatial Daialectic. *Postmodern Geographies*, pp. 76-93. Verso. Londres y New York.
- Tilley, C.  
1994. *A Phenomenology of Landscape. Places, Paths and Monuments*. Berg. Oxford/Providence, USA.
- Tarrago, M.  
1987. Sociedad y sistema de asentamiento en Yocavil. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 12:179-196. Buenos Aires.
- Tilley, C.  
1994. *A Phenomenology of Landscape*. Berg, Oxford.
- Torres, L. M.  
1917. *Cuestiones de sistemática antropológica*. Tall. Graf. Chistmann y Crespo. La Plata.
- Trigger, B.  
2004 [1989]. *A History of Archaeological Thought*. Cambridge University Press.
- Ventura, B. y G. Ortiz  
2003. Presentación. *La mitad verde del mundo andino. Investigaciones arqueológicas en la vertiente oriental de los andes y las tierras bajas de Bolivia y Argentina*, (ed. por G. Ortiz y B. Ventura), pp.7-20. Universidad Nacional de Jujuy.
- Wagner, E. y D. Wagner  
1932. *La civilización Cacho-Santiagoña*. Museo de Arqueología Provincial de Santiago del Estero. Compañía impresora argentina, Buenos Aires.